

3: WALKER TOMA GRANADA

Un Nuevo Contrato — El Regreso al Departamento Meridional — El General Guardiola — Batalla de La Virgen — Logra la Victoria — Captura la Ciudad de Granada — Fusilamiento de Mayorga — El Tratado de Paz — Fusilamiento del General Corral.

El Presidente Castellón temía que Walker con sus tropas abandonara Nicaragua, y encontrándose éste en Chinandega le envió con el coronel Byron Cole un nuevo contrato, más liberal en muchos aspectos que el que originalmente movió a los americanos a ir a Centroamérica, pidiéndole aceptarlo y regresar el anterior. En el nuevo contrato se estipulaba que cada americano percibiría cien dólares mensuales y 500 acres de tierra al concluir la campaña. Castellón también daba poderes a Walker para arreglar todos los asuntos y cuentas pendientes entre el Gobierno de Nicaragua y la Compañía Accesorio del Tránsito, autorizándolo en pleno para dirigirse al Departamento Meridional al frente de sus tropas y de tantas fuerzas nativas como deseara.

Walker sabía perfectamente que le era imperativo mantener abierta a toda costa la ruta del Tránsito, si quería recibir refuerzos y pertrechos de los Estados Unidos. En consecuencia, comenzó de inmediato a preparar su regreso al Departamento en donde libró su primera batalla y sufrió su primera derrota.

Sin embargo, necesitaba proveer de municiones a su gente, de las que andaban muy escasos, pues las existencias de plomo en León se habían casi agotado. El único plomo en Chinandega pertenecía a un inglés, quien rehusó vendérselo a Walker, no obstante que éste ofrecía pagar el precio completo en moneda de ley. Walker apostó un resguardo en el establecimiento del inglés, se apoderó de todo el plomo y lo acarreo a su campamento. El inglés protestó, reclamando la protección de la bandera británica, pero no le sirvió de nada. La firmeza y la audacia de Walker sorprendieron e impresionaron a los naturales del país, quienes desde hacía muchos años siempre cedían en todo ante las demandas del cónsul y los comerciantes británicos.

Teniendo ya todo listo para la expedición, a mediados de Agosto de 1855 se unió con cien hombres a la Falange el coronel José María Valle, oficial nativo valiente y digno de confianza; Walker marchó a El Realejo, embarcó en el *Vesta*, desembarcó la noche del 29 de Agosto en San Juan del Sur y el 2 de Septiembre cruzó por tierra a La Virgen.

Al tenerse conocimiento que la ruta del Tránsito sería el escenario de las operaciones militares de Walker, varios americanos que se encontraban en Nicaragua y unos cuantos nativos se unieron a sus fuerzas, elevándolas a cincuenta americanos y ciento veinte nativos, o sea un total de ciento setenta hombres cuando ingresaron a La Virgen.

A nueve millas de La Virgen, en la ciudad de Rivas, se encontraba una guarnición de 1,100 legitimistas bajo el mando del general Guardiola, *El Carnicero*.^{*} Walker carecía de artillería. Apenas terminaban sus soldados un ligero desayuno, en la mañana del 3 de Septiembre, cuando ya los piquetes en el camino del Tránsito retrocedían ante el ataque de una numerosa fuerza comandada por el propio Guardiola. Al tener noticias de lo reducido que era el ejército de Walker, Guardiola creyó seguro embolsarlos a todos, jactándose que “empujaría a los filibusteros hasta la costa del lago y luego los ahogaría para ahorrar municiones”.

Las fuerzas de Guardiola contaban con más de 700 soldados veteranos que irrumpieron en la aldea impetuosamente y dando alaridos, generalizándose muy pronto la lucha en todos los sectores.^{**} Los nativos de Valle y Méndez lucharon como troyanos, hombro a hombro con los americanos, mereciendo los mayores elogios de Walker quien, basado en sus experiencias previas, no albergaba una opinión favorable respecto a las aptitudes de los soldados hispanoamericanos.

Walker fue alcanzado por dos balas, cayendo en ambas ocasiones, pero permaneció siempre en el campo de batalla. La primera vez, una bala fría le rozó la garganta; un segundo proyectil atravesó un paquete de cartas que portaba en la bolsa de la chaqueta, y, probablemente merced a esa buena suerte, salvó la vida. Se libró una lucha encarnizada, con ambos contendientes haciendo gala de gran intrepidez, ya retrocediendo, ya contratacando, hasta que por fin el enemigo comenzó a ceder en el sector defendido por el propio Walker y a poco huía en desbandada.

En lugar de perseguir a los fugitivos, Walker acudió con sus hombres

^{*} Walker afirma que las fuerzas en Rivas no pasaban de 800, incluyendo los refuerzos llevados de Granada por Guardiola;¹ Ortega Arancibia, Gobernador de Rivas a la llegada de Guardiola, informa que eran 800 en total.²

^{**} Eran alrededor de 600, de acuerdo a Walker;³ según Ortega Arancibia, miembro de ese ejército de Guardiola, eran “seis compañías [de] setenta hombres, y una guardia ligera de cincuenta [470 en total]”.⁴

en apoyo de Valle y Méndez, quienes se veían apuradamente presionados por las fuerzas superiores del coronel Bosque, montado en un gran corcel blanco. Este oficial era el mismo que llegó con oportunos refuerzos a Rivas cuando los americanos se abrieron paso para escapar de esa ciudad el 29 de Junio. Erguido sobre el caballo, espada en mano, apremiando el avance de sus hombres, Bosque presentaba una figura conspicua y un magnífico ejemplo de hombría.*

Un par de rifleros de la Falange pusieron rodilla en tierra y caballo y caballero cayeron para no levantarse más; por un momento, la columna comandada con tanta bizarria comenzó a flaquear y luego, hostigada por Valle, Méndez y la Falange, se dispersó, ya en franca retirada. A partir de entonces, se vio sólo una rebatía para escapar, siendo tan completa y desastrosa la derrota que el enemigo huyó hacia el monte en grupos sin oficiales, presa de un frenético desorden. El general Guardiola llegó a Rivas prácticamente solo.

En La Virgen se contaron y enterraron ochenta cadáveres enemigos, e igual número en las afueras. Sumando muertos y heridos, las bajas del ejército legitimista excedían en cantidad a la fuerza total de Walker; se capturaron, además, muchos prisioneros. Toda la artillería de Guardiola así como la mayoría de sus armas y pertrechos cayeron en manos de la Falange y de sus aliados.** El efecto moral de esta victoria sobre fuerzas tan superiores fue enorme, y difícilmente podría sobrestimarse la importancia que representó para Walker. Por desgracia, sin embargo, el Presidente Castellón, tan querido por la Falange y por su propio pueblo, murió del cólera morbo en León a la misma hora en que se difundía allí la noticia de la victoria. No obstante el luctuoso suceso, todo el pueblo de León y el Departamento entero de Occidente se vistieron de fiesta y las campanas

* Doubleday narra que Walker envió al coronel Hornsby con algunos rifleros en auxilio del sector central defendido por las tropas nativas de Valle y Méndez, y agrega: "Al acercarnos al campo de batalla, la figura más conspicua en las filas enemigas era un oficial en un corcel blanco, quien gallardamente urgía a sus hombres al ataque. El primer fruto de nuestra llegada fue la caída simultánea de caballo y caballero al suelo. Después supimos que se trataba del coronel Argüello, el mismo que había reforzado al coronel Bosque en la batalla de Rivas".⁵ Jamison substituye a Bosque por Argüello en ambas batallas, y en La Virgen lo hace caer "para no levantarse más". Ortega Arancibia, oficial del ejército de Guardiola en el combate, informa que el coronel Manuel Argüello comandaba el ala derecha; el gallardo jefe legitimista que urgía a sus hombres al ataque en el sector central era el coronel José Bonilla.⁶ Sea como fuere, Argüello y Bonilla salieron con vida de la batalla de La Virgen y Bosque no participó en la lucha.

**De acuerdo a Walker y Ortega Arancibia, "toda la artillería de Guardiola" consistía en un cañoncito de seis libras que no pudo utilizar porque se quebró el eje de la cureña.⁷

de la catedral y de las demás iglesias se echaron a vuelo, inundando el aire con repique tras repique.

Algo muy singular en esta batalla fue el que no muriese ninguno de la Falange, aunque muchos cayeron heridos; y algunos de cuidado. Las tropas nativas sí sufrieron fuertes pérdidas, debido a que sobre sus posiciones recayó todo el peso del ataque de las columnas de los coroneles Argüello y Bosque.*

El ejército de Walker maniobró entre La Virgen y San Juan del Sur desde ese día hasta el 11 de Octubre. Mientras tanto el general Ponciano Corral, Comandante en Jefe legitimista, llegó a Rivas para hacerse cargo en persona del ejército.

En San Juan del Sur, Walker tuvo noticias de que Corral con todas sus tropas se dirigía hacia el puerto para atacarlo. De inmediato, Walker se movilizó a la Casa del Medio Camino, sobre la ruta del Tránsito, donde tendió una emboscada a Corral pero éste, a su vez, recibió informes de que Walker marchaba contra Rivas por lo cual regresó al instante a su reducto, en espera del ataque inminente. Walker, sin embargo, no abrigaba tales intenciones.

Se debe observar que, salvo raros casos, en la campaña de Nicaragua las batallas se libraron dentro de las ciudades, lo cual dio lugar a frecuentes encuentros cuerpo a cuerpo, sangrientos y desesperados; y a ello puede atribuirse la gran cantidad de víctimas. Protegido tras gruesas paredes de piedra o de adobe, un pequeño contingente lograba resistir con éxito, durante largo tiempo, los asaltos de fuerzas muy superiores. A menudo los sitiadores se abrían paso a través de las paredes, literalmente a punta de pico y pala, exponiéndose así a la certera puntería de los rifles que asomaban su mira por alguna claraboya improvisada.

A pocos días de la movilización de ambos ejércitos, ya descrita, se capturó a un mensajero, portador de importantes despachos para Corral. Walker los leyó y se los remitió con una nota adjunta en la cual le decía que, si bien los despachos eran inofensivos, a Corral podrían servirle, y por ese motivo se los enviaba.

La información contenida en ellos, sin embargo, era de suma importancia para Walker ya que lo hizo concebir el audaz plan de tomar la ciudad de Granada, sede de la legitimidad. Granada había soportado un asedio de ocho meses del general Jerez y todo el ejército democrático. Walker sabía que para lograr su objetivo necesitaría de máximo sigilo, cele-

* Walker informa que las tropas nativas sufrieron dos muertos y tres heridos;* Jamison prefiere copiar lo afirmado por Doubleday.⁹

ridad y prontitud. El adoptar menos precauciones significaría el fracaso, en tanto que la correcta ejecución del plan haría morder el polvo a la altiva capital chamorrista.

La distancia por tierra a Granada era de más de setenta millas y cualquier movimiento en esa dirección tomando esa ruta terminaría en desastre. Peor aún, como Corral estaba a sólo nueve millas, desde el primer instante se daría cuenta y pisaría los talones de Walker con su ejército. Walker ni siquiera consideró ese camino.

El hecho de que Walker hubiera leído los despachos enviados a Corral, dispuso en éste cualquier sospecha respecto a las intenciones del Comandante de la Falange sobre Granada. Tratábase, en verdad, de una empresa tan arriesgada que es dudoso que al general legitimista se le haya pasado por la mente.*

El 11 de Octubre por la mañana Walker se movilizó con todas sus fuerzas a La Virgen, colocó resguardos en los accesos a la población y no permitió que nadie entrara ni saliera.** El capitán C. C. Hornsby, después brigadier general, recibió órdenes de apostar un vigía para avisarle del arribo del vapor *La Virgen*, perteneciente a la Compañía Accesoría del Tránsito, la cual lo utilizaba en el transporte de pasajeros y carga en el Lago de Nicaragua.

No tardó en aparecer el barco y atracó al muelle. El capitán Hornsby subió a bordo, se posesionó de él y poco después Walker navegaba con todas sus tropas rumbo a Granada. Sólo hasta entonces se le comunicó al capitán Scott, patrón del barco, el motivo de su captura y el objeto del viaje.*** Al saberse que iban a atacar Granada, los oficiales y soldados na-

* Aunque los acontecimientos parecen justificar la opinión de Jamison, existen documentos que comprueban lo contrario. El 30 de Agosto de 1855, el general Corral escribió una nota a Mr. Cortlandt Cushing, Agente de la Compañía del Tránsito en La Virgen, dictando las medidas que la Compañía debía tomar para evitar que los filibusteros se apoderaran de los vapores. Cushing contestó a Corral el 2 de Septiembre, rehusando acatar las órdenes del general legitimista.¹⁰ Léase, en el Anexo N° 1, lo que al respecto escribió el comodoro Hiram Paulding en su carta al Secretario de la Marina.

**Jamison toma la fecha "11 de Octubre" del libro de Walker.¹¹ La misma ha sido aceptada sin discusión por todos los historiadores desde 1860, año en que se publicó dicho libro, aunque *El Nicaraguense* relata en 1855 que Walker se movilizó a La Virgen el 10 de Octubre, entrando al pueblo esa misma noche, e igual cosa informa Wells en 1856.¹² Se ha aceptado ciegamente la fecha suministrada por Walker, al extremo de tildar de "absolutamente falso" un informe de Corral sólo porque en él dice que el ejército filibustero cruzó de San Juan del Sur a La Virgen el 10 de Octubre.¹³ Corral estaba en Rivas, y sus exploradores vieron pasar el ejército de Walker por el camino del Tránsito el día 10.

***El capitán Joseph N. Scott era el Agente de la Compañía del Tránsito en Punta Arenas, San Juan del Norte, e iba en esa ocasión como pasajero a bordo del vapor *La Virgen*; el capitán del vapor se llamaba Thomas Ericsson.¹⁴

tivos bailaban locos de contento, abrazándose y palmeándose unos a otros y estrechando las manos de los encantados *filibusteros*.

El hispanoamericano es afectuoso por naturaleza y de impulsos generosos, si no se le contraría ni se le engaña. Cuando odia, odia con toda el alma; y ama con idéntica intensidad. Su ánimo se enciende febrilmente, o lo congela la desesperación. Es un manojo de nervios, tensos casi al reventar. Ineludiblemente, sin embargo, la traición anida en su sangre. Son tan fuertes sus impulsos que le resulta imposible permanecer neutral. Las tropas nativas, aliadas de Walker, sentían tal sed de sangre por los aborrecidos granadinos que se hizo muy difícil controlarlos.

El vapor cruzó frente a Granada a las 10 de la noche del 12 de Octubre, llevando ocultas todas las luces de a bordo bajo cortinas de lona. A las 3 a.m. botó anclas silenciosamente tres millas al norte de la ciudad; el desembarque de las tropas duró una hora en la chalupa de hierro del vapor.

La marcha se inició con la mayor quietud posible, sirviendo de guía el coronel Ubaldo Herrera, seguido del coronel Walker y de la Falange, con la delgada figura del coronel Hornsby a la cabeza; después iban las tropas nativas, al mando de su bizarro y viejo jefe el coronel Valle, a quien apodaban cariñosamente *El Chelón*, con más de cincuenta costurones de sablazos y balazos en el cuerpo.

Nacían en oriente los primeros albores cuando la columna de vanguardia llegó a Los Cocos, desviándose allí para entrar a la ciudad por la iglesia de San Francisco, una de las construcciones más importantes y macizas de Granada.* Y apenas asomaba el Sol en todo su esplendor tropical por sobre la majestuosa cumbre del volcán Ometepe, que yergue su magnífico obelisco sobre las ondas azules del Lago de Nicaragua, cuando ya la columna de patriotas desfilaba rápidamente frente a la catedral, capturando casi sin resistencia el cuartel con su guarnición y sus arsenales y ocupando luego la plaza y los principales edificios que la rodean.**

Tan completa fue la sorpresa que, al tiempo de cundir la alarma, la ciudad entera se encontraba ya bajo el dominio del ejército invasor; el enemigo corría en todas direcciones tratando de escapar; muchos oficiales y soldados abandonaron hasta sus efectos personales y huyeron en ropa de

* Walker informa: "En cuanto amaneció, Herrera pareció conocer exactamente dónde se encontraba y en pocos minutos la columna tomó el camino que conduce de Los Cocos a la ciudad".¹⁵ Los filibusteros, pues, al amanecer no llegaron a Los Cocos, caserío situado muy al norte, sino al camino que va de Los Cocos a Granada, el que no lograban encontrar en la oscuridad de la noche.

**Jamison llama catedral a cualquier iglesia grande. La única catedral que había en Nicaragua en esa época era la de León.

dormir. Aquéllos a quienes se capturó declararon que nadie había pensado en un peligro inminente y que antes bien dormían confiados, creyéndose totalmente seguros. En la confusión de la fuga se produjo la muerte de varios oficiales y rasos legitimistas; asimismo, se hicieron numerosos prisioneros, entre ellos a varios altos funcionarios del gobierno. Walker no perdió un solo hombre.* Grandes cantidades de armas, municiones, pertrechos de guerra y depósitos de víveres cayeron en manos de los vencedores.

Los legitimistas no hicieron esfuerzo alguno para recuperar la capital perdida. Así, en el corto espacio de una hora, un 13 de Octubre de 1855 cayó el orgulloso asiento del chamorismo y se quebrantó, si no es que se destruyó, el prestigio del Gobierno legitimista.

Durante la mañana los nativos, atemorizados, permanecieron dentro de sus casas. Les habían dicho que los americanos eran perversos, dados a la rapiña y al pillaje, y con el asesinato por oficio. Conforme avanzaba el día, los granadinos empezaron a atisbar entre las rejas de sus ventanas y quedaban asombrados del sereno comportamiento de la Falange, maravillados de ver que se castigaba a los responsables de violencias y ultrajes; poco a poco se envalentonaron, abrieron las puertas y un rato más tarde se mezclaban con los extranjeros en la mayor armonía. Hasta las señoritas de ojos negros condescendieron a echar una que otra mirada de soslayo a los americanos y muchos buenos mozos aprovecharon esa oportunidad para enriquecer sus conocimientos del idioma español, bajo tan hechiceras influencias.

Mientras el elemento americano se comportaba con gentileza y bondad, acatando las órdenes de su jefe, resultaba en cambio difícil infundir ese espíritu en la mente de los soldados nativos, quienes estaban habituados a matar los prisioneros y confiscar sus propiedades, según la inveterada costumbre de sus caudillos de facciones. Por eso fue necesario emplear medidas severas a fin de proteger a los indefensos miembros del partido legitimista. Hasta *El Chelón*, el viejo cacique, enconado por sus múltiples cicatrices y sediento de venganza, veía injustas tanta lenidad y benevolencia, y exigió que se le permitiera matar a unos cuantos granadinos en represalia por los daños a él infligidos en otros tiempos. Fue necesario que Walker se llevara la mano a la espada y le dijera al viejo cacique que él era quien mandaba y que castigaría a todo aquél, fuera quien fuese, que intentara desobedecer sus órdenes, para que el viejo veterano se contu-

* Uno, sólo: Un jovencito tambor de las fuerzas de Valle, hijo de don Julián Solórzano.¹⁶

viera en sus afanes de matanza.

Un poco más tarde, sin embargo, cuando se rindieron don Dionisio Chamorro y don Toribio Jerez, del gobierno legitimista, y Walker los dejó en libertad, el viejo cacique los espió por las calles y les ordenó acompañarlo al cuartel de Walker. A la llegada, *El Chelón* hervía de ira y exigió que se los entregaran para tirarlos allí mismo. El coronel Walker trató de razonar con el viejo de las cicatrices quien, por su parte, se encendía cada vez más, insistente e intransigente; Walker perdió por fin la paciencia, se volteó súbitamente hacia él y en voz queda le dijo que si tocaba un solo pelo a los caballeros o cometía alguna indignidad contra ellos, el propio *Chelón* lo pagaría con su vida. Echando espumarajos de rabia, se retiró el viejo; pero su cariño hacia Walker era mayor que su afrenta, y una vez que amainó la tormenta de su ira quedó tan dispuesto como siempre para cumplir sus deberes de militar.

Entre los legitimistas que se capturaron en Granada figuraba don Mateo Mayorga, Ministro de Relaciones Exteriores del gabinete de Estrada. Fue puesto bajo palabra en casa del Ministro Americano, Mr. Wheeler, y tratado con mucha consideración. Cuando se vio con cuánta lenidad se restringía a don Mateo Mayorga, otros dirigentes legitimistas se entregaron y se les dejó en libertad condicional. Parecía que la paz duradera se instalaba por fin en ese inveteradamente convulso país.

Un gran número de ciudadanos nicaragienses, tanto democráticos como legitimistas, solicitaron a Walker que asumiera la presidencia pero él rehusó. Se nombró una comisión de personas influyentes — don Hilario Selva don Rosario Vivas, don Juan Jerez [Ruiz] y el ministro Wheeler para ir a Rivas y tratar de iniciar pláticas de paz con el general Corral. A su llegada a Rivas, encontraron que Corral había salido en dirección a Granada. Mr. Wheeler y sus dos secretarios fueron arrestados y detenidos un par de días, tras de los cuales se les dejó libres, regresando toda la comitiva a Granada, a excepción de un señor de apellido Ruiz quien faltando a su palabra huyó a Costa Rica. Los comisionados fracasaron en su misión.

Los principales partidarios del gobierno legitimista, con muchos miembros del clero, llegaron por centenares a felicitar efusivamente a Walker por el éxito de sus armas, profesándole su más ferviente adhesión y lealtad al nuevo estado de cosas y declarando que ejercerían toda su influencia para el mantenimiento de una paz duradera.

El 17 de Octubre, en el vapor que arribó a San Juan del Sur procedente de San Francisco, llegaron Parker H. French, B. D. Fry, Charles

Trumbull, Edward J. Sanders, S. C. Astén y sesenta reclutas para prestar servicio en el ejército. Todos marcharon por tierra a La Virgen sin que los hostigara el enemigo acantonado con un ejército en Rivas, a sólo nueve millas de distancia. Esto se debe tener en cuenta para juzgar el carácter del enemigo, el que se puso de manifiesto a los pocos días.

Los pasajeros abordaron el vapor del lago en La Virgen para viajar en dirección al río San Juan. Cuando el vapor llegó al fuerte de San Carlos, no se creyó prudente proseguir hasta el raudal del Toro y el barco se dirigió a Granada, en donde desembarcaron los reclutas; el vapor enseguida regresó con los pasajeros a La Virgen, a esperar para reanudar el viaje más tarde.* En esa situación, con el ejército de Walker a sesenta millas de distancia, los pasajeros indefensos fueron atacados por una partida de soldados del ejército legitimista de Rivas, resultando varios muertos y heridos. Al Agente de la Compañía Accesoría del Tránsito, Mr. Cortlandt Cushing, lo capturaron y lo condujeron a Rivas; allí fue obligado a pagar un rescate de \$2,000. A los pasajeros procedentes de Nueva York les dispararon desde el fuerte San Carlos, matando a una señora y su niña, e hiriendo a otros. Esta violación a las leyes de la guerra civilizada recibiría su retribución adecuada.**

Cuando Walker tuvo noticias de estos crímenes inhumanos e injustificados, dispuso responder con fuertes represalias. El 22 de Octubre de 1855 por la mañana ordenó el fusilamiento de don Mateo Mayorga en la plaza de Granada. Se encargó de la ejecución el coronel Ubaldo Herrera con un pelotón de soldados leoneses. Los moralistas no justifican esta ejecución, y habrá quienes la denuncien como asesinato; sin embargo, no se debe perder de vista que la situación en que se encontraba la sociedad nicaragüense requería el uso de medidas sumarias para poder imponer el respeto a la ley y a las prácticas de la guerra civilizada, y que las vidas de centenares de personas inocentes dependían de la fuerza con que Walker impusiera la obediencia a las leyes de la guerra, al derecho de gentes y a la conciencia de la civilización. Una soldadesca sedienta de sangre había

* Jamison omite que, mientras viajaban en el vapor del lago con centenares de pasajeros inocentes, French, Fry y compañía intentaron apoderarse del fuerte San Carlos; fracasaron en su acción bélica, la que Walker mismo considera "de lo más descabellada y hasta criminal".¹⁷ Léase el comentario del comodoro Hiram Paulding en su carta al Secretario de la Marina, inserta en el Anexo N° 1.

**Comenta el comodoro Hiram Paulding: "Con base a los hechos relatados, no cabe la menor duda de que la matanza, las heridas y los maltratos de nuestros compatriotas resultaron como consecuencia inmediata de la toma de los vapores de la Compañía del Tránsito por Walker y su gente, quienes los usaron para fines bélicos". Léase, *in extenso*, el Anexo N° 1.

derribado brutalmente a tiros a hombres y mujeres inocentes, en tránsito a otras tierras, por el simple hecho de ser americanos; Walker y sus seguidores, y el gobierno al que servían, hubieran merecido el desprecio y las maldiciones del mundo civilizado, si no hubieran hecho nada para impedir actos similares.

Mientras se investigaban tales atrocidades y se empleaban todos los medios para evitar su repetición, se vivían momentos agitados en Masaya, ciudad que dista doce millas de Granada. El general Corral había llegado allí con la mayor parte de su ejército, y el general Martínez con otra fuerza considerable se encontraba en Managua, entre Masaya y León, refrenado por unas fuerzas irregulares del general Pineda y el coronel Méndez. Ambos ejércitos, pues, se daban las caras la mañana en que don Mateo Mayorga fue ejecutado. Otros miembros del gabinete de Estrada y del ejército legitimista se hallaban en poder de Walker en Granada, y éste además protegía con caballeroso respeto a las hijas del general Corral. La ejecución de Mayorga inquietó enormemente al general Corral y, aunque él negó ser responsable de la conducta de los salvajes legitimistas en La Virgen y en el fuerte San Carlos, su estado de ánimo era propicio para aceptar lo que pocos días antes rechazara con desprecio; por eso su respuesta fue de lo más conciliadora cuando el ciudadano francés don Pedro Rouhaud le entregó una nota del general Walker en la que aclaraba por qué había fusilado a Mayorga y notificaba que todos los legitimistas y sus familias en Granada servirían de rehenes como garantía por la futura conducta de sus líderes.

El general Corral de inmediato indicó estar anuente para negociar la paz con el general Walker y redactó una nota amigable, enviada por mano de Monsieur Rouhaud, en la que solicitaba una entrevista. Walker fijó el 23 de Octubre para realizarla. Por la mañana de ese día, el coronel B. D. Fry se dirigió con una escolta a los alrededores de Masaya en donde encontró al general legitimista, acompañándolo luego a Granada.

Cuando la comitiva llegó a las afueras de la ciudad, el coronel Walker salió a recibirlos acompañado de su estado mayor y los dos comandantes entraron juntos a Granada. El encuentro de ambos jefes fue más formal que cordial; marchando a la par en corceles negro-azabaches, atraían sobre ellos todos los ojos de la ciudad a medida que avanzaban por la ancha avenida hacia la plaza. Todos los puntos de observación estaban atestados de hombres, mujeres y niños, ataviados como en día de fiesta, desgranando las cuentas de sus rosarios en acción de gracias y felices ante las perspectivas de paz — una paz por tan largo tiempo esperada y por la que



GUARDIOLA

Su derrota en La Virgen, a manos de Walker, abrió a éste las puertas de Granada.

WALKER EN GRANADA 1855-56

WILLIAM WALKER

"Walker escucha a todos con calma —casi no dice nada— habla en voz baja y suave, y su apariencia y modales son más bien los de un señor clérigo que los de un jefe militar. Se dice que es notoria su templanza — que raramente tiene dinero y que éste no le importa, y que ni el vino ni la compañía de las damas ejercen atractivo para él" (p. 210).



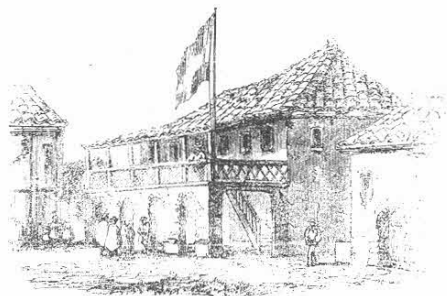
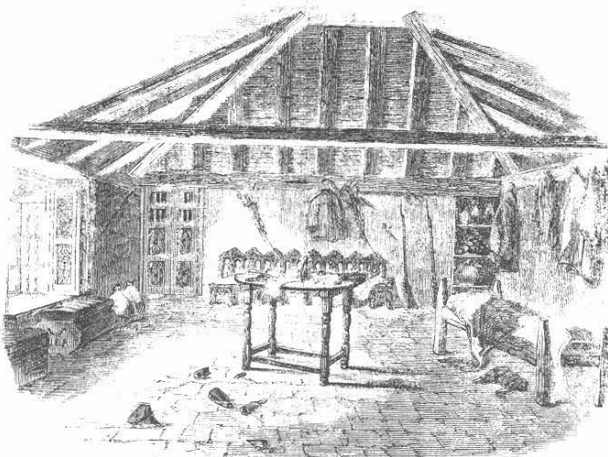
WALKER TOMA GRANADA: "... la columna entera de Walker y las tropas nativas de Valle tomaron una barricada en una de las calles y llegaron a la Plaza sin encontrar resistencia; allí tuvo lugar un ligero combate que dio por resultado un muerto de su parte (un tambor nativo) y cerca de 15 muertos del bando enemigo [legitimista]". ("El Nicaraguense", 20-X-55).



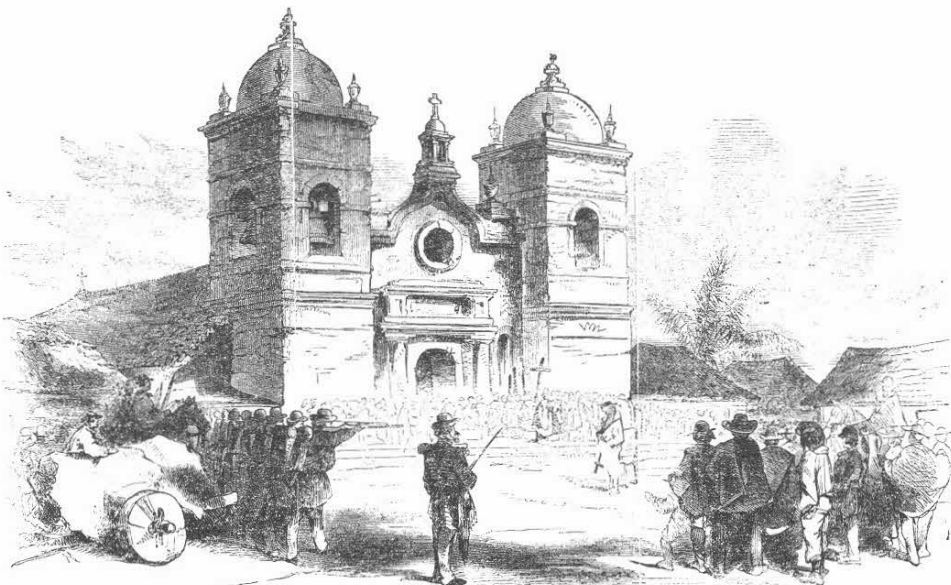


LOS FILIBUSTEROS EN GRANADA: "... habiendo logrado sus deseos, los soldados de Walker se instalaron temporalmente en las habitaciones más cómodas de la antigua iglesia (arriba) [el convento de San Francisco, ya convertido por los legitimistas durante la revolución en cárcel de prisioneros políticos engrillados], entregándose al descanso y al jolgorio (...). El general Walker, cuya sobriedad es notoria, pronto puso fin al día de juerga y restauró el orden con disciplina militar ...". ("Frank Leslie's ...", 3-V-56).

Abajo, izquierda, el aposento de un capitán filibustero en el convento, dibujado por el subteniente Kyle, "exacto en todos sus detalles".

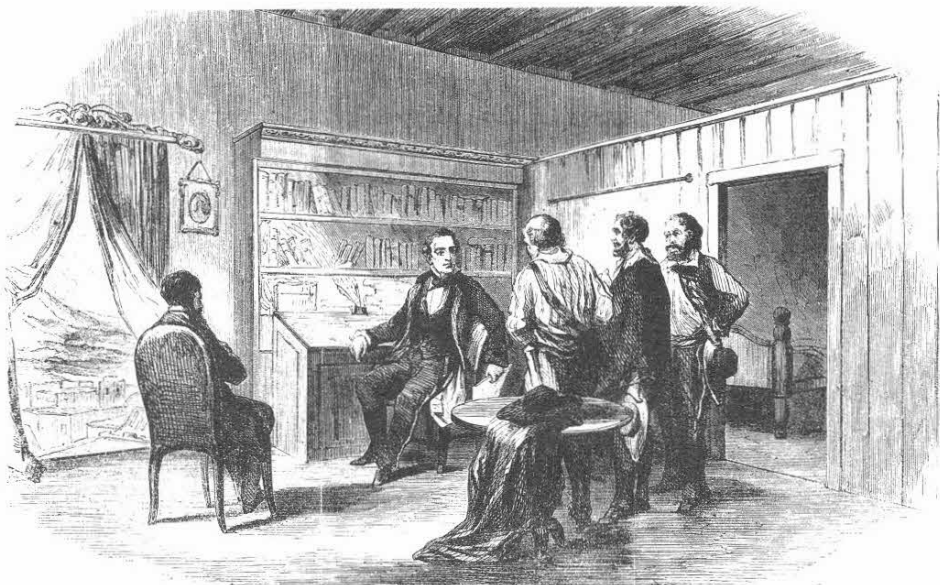


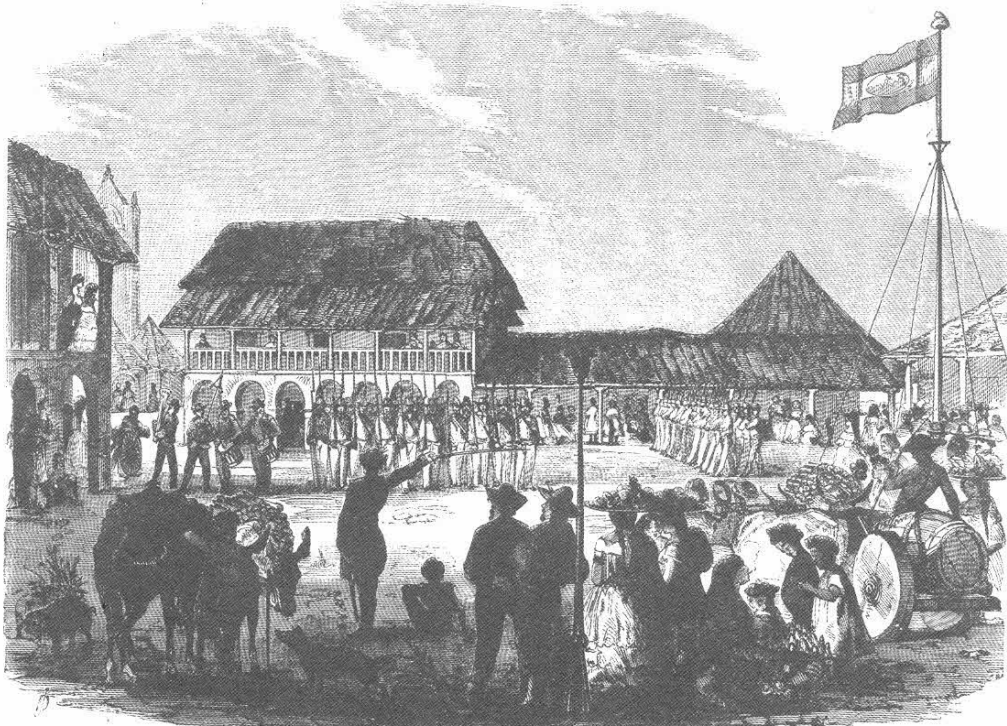
CASA PRESIDENCIAL: Residencia de don Patricio Rivas y cuartel general de Walker, en la esquina suroeste de la Plaza.



FUSILAMIENTO DE CORRAL: "El 8 de Noviembre de 1855 me encontraba en la plaza principal de Granada (...) pocos momentos antes de las 2 de la tarde una guardia salió del cuartel con el general Ponciano Corral. A su lado iba un sacerdote católico (...). Se sentó en la silla fatal (...) y un pelotón de doce rifleros formó como a quince pasos frente a él. Con calma sacó su pañuelo, lo dobló sobre las rodillas y se vendó solo, juntando luego las manos en actitud de oración. (...) todas las balas le atravesaron el cuerpo". (Manuscrito del ministro americano John Hill Wheeler, "Nicaragua, The Centre of Central America").

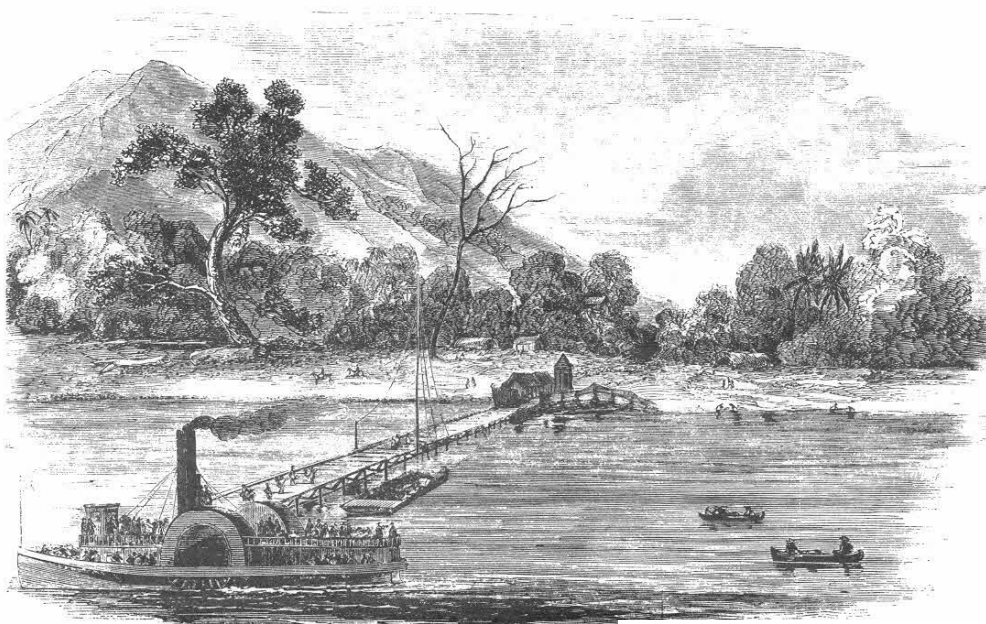
Walker en su despacho, en Granada.





REVISTA DE TROPAS: Ya en control de Granada, meses más tarde Walker pasa revista a sus tropas, que forman y desfilan en la Plaza.

EL MUELLE DE GRANADA, construido por orden de Walker a finales de 1855 y comienzos de 1856.



elevaran tantas preces.

La mentalidad española siempre es muy sensible a los estímulos ambientales y, para impresionar a Corral con la fuerza y el poderío del contingente americano, se dieron armas a varios centenares de viajeros en tránsito por Nicaragua, temporalmente detenidos en Granada, enfilándoles con los soldados de línea cuando los jinetes desembocaban en la plaza y la cruzaban para desmontar en el amplio atrio empedrado de lajas frente a Catedral. Corral estaba plenamente autorizado por el gobierno legitimista para suscribir el tratado, sin requerir la ratificación posterior de parte de su gobierno.

De acuerdo a los términos del tratado, se nombró Presidente Provisional por un período de catorce meses a don Patricio Rivas. Walker quedó de Comandante en Jefe del Ejército Nicaragüense. Algunos oficiales de ambos bandos conservarían sus rangos respectivos; todas las deudas de los dos gobiernos contendientes se convertirían en deudas de la República; se abolirían las divisas partidistas y en su lugar las tropas usarían una cinta azul con el lema "Nicaragua Independiente" inscrito como blasón. Los americanos se quedarían en el servicio militar; el general Martínez continuaría de comandante en Managua, y en Rivas el general Xatruch. Corral sugirió y redactó las cláusulas del tratado; el único artículo propuesto por Walker fue el de la constitución de 1838 referente a la naturalización de los extranjeros, el que se mantuvo vigente a petición suya. Walker carecía de poderes para negociar en definitiva el tratado, por lo cual se envió una copia a León para su ratificación. Entretanto, se ordenó el cese de hostilidades en los diversos departamentos. El general Corral regresó a Masaya, mientras se esperaba la ratificación del tratado por parte del gobierno leonés.

Una vez ratificado, se designó el 29 de Octubre como la fecha en que el general Corral ingresaría a Granada con su ejército para rendirse, conforme los términos del tratado. Como a las 11 de la mañana entró a la ciudad por el camino de Masaya y se le recibió en la plaza en el atrio frente a Catedral. Las fuerzas de Walker, tanto nativas como americanas, formaban filas a lo ancho de la plaza, en posiciones que les permitían dominar el cuartel y el arsenal, con instrucciones de permanecer en alerta constante para detectar cualquier señal de traición, algo que mucho temían los nativos y que también consideraban posible los americanos; por fortuna, tales temores resultaron infundados. Ambos ejércitos se situaron frente a frente, dejando un ancho espacio o avenida en medio. Luego se acercaron a caballo los dos comandantes, desde direcciones opuestas,

y se saludaron entre el griterio de la gente y el estampido de los cañones; enseguida se abrazaron, desmontaron, cruzaron cogidos del brazo bajo la doble fila de bayonetas caladas y entraron a Catedral.

Durante ese interesante preludio marcial a las ceremonias que tendrían lugar después, los edificios alrededor de la gran plaza y todas las avenidas que conducían a ella estaban atestadas de personas con atuendos fantásticos, gritando, cantando y vivando con júbilo delirante. Mujeres bellas y agraciadas, luciendo trajes caros y vistosos, se mezclaban con la muchedumbre callejera, y los jóvenes y los viejos reían y lloraban de contento; hasta el solemne sacerdote abandonó el presbiterio y dejó colgada la sotana para unirse a los festejos que irrumpían en oleajes por toda la ciudad.

Al cruzar ambos jefes la puerta de la iglesia, salió a recibirlos el padre Vijil y los acompañó hasta llegar al altar. Ya se encontraba allí don Patricio Rivas, recién nombrado Presidente Provisional, y los tres se arrodillaron juntos ante el altar mientras el coro entonaba un Te Deum. A continuación el santo sacerdote elevó una ferviente plegaria al Todopoderoso, en nombre de su grey y de su agitado país. La catedral estaba llena de oficiales con brillantes uniformes, regias damas magníficamente vestidas, estadistas de sobrio protocolo oscuro y una gran concurrencia de civiles.

En el presbiterio había una mesa con candelabros de oro y cirios encendidos, un crucifijo y una biblia abierta. A una señal, don Patricio Rivas se acercó, se arrodilló junto a la mesa y pronunció ante el padre Vijil el juramento de su cargo; luego siguieron el general Corral y el coronel Walker, quienes se arrodillaron y juraron solemnemente cumplir y defender con sus vidas y haciendas el tratado del 23 de Octubre. Con la voz y las manos temblando por la emoción, el santo sacerdote procedió entonces a impartir sus bendiciones sobre los dos comandantes generales. Esta escena queda descrita en todos sus detalles debido a la tragedia que sucedería pocos días más tarde.

El 31 de Octubre por la mañana llegó de León el general Jerez y entregó a Walker su ascenso a brigadier general en el ejército de la República. El Presidente Rivas seleccionó de inmediato su gabinete, nombrando Ministro de la Guerra al general Ponciano Corral, de Relaciones a don Máximo Jerez, de Crédito Público a don Fermín Ferrer y de Hacienda a Parker H. French. El general Walker recibió el grado de Mayor General y el nombramiento de Comandante en Jefe del Ejército de la República; y el 4 de Noviembre fueron licenciadas las tropas del general Corral, quedando en el ejército únicamente los nativos democráticos y los americanos.

Debe tenerse presente que el acto del 23 de Octubre fue la voluntad solemne del pueblo, expresada a través de sus autoridades constituidas, y, por lo tanto, fue un acto soberano de la República de Nicaragua, desprovisto de todo vestigio o apariencia de usurpación, y que nadie, dentro o fuera de la República, podía acusar a los americanos de domiciliarse en el país, ni de servir en su ejército, ilegalmente.

A pesar de las solemnes ceremonias y de los sagrados juramentos en Catedral, con el mismo Dios por testigo, pocos días después se descubrió que el general Corral, Ministro de la Guerra, estaba comprometido en una conspiración para derrocar al gobierno que él había jurado proteger y defender. El 5 de Noviembre por la mañana el coronel Valle, *El Chelón*, entregó al general Walker un paquete de cartas escritas por el general Corral a los enemigos de la República, recurriendo a ellos para expulsar del país a Walker y a los americanos. Dichas cartas iban dirigidas a legitimistas prominentes; a continuación se transcribe una al general Guardiola, *El Carnicero*, archienemigo de los americanos:

“AMIGO mío que estimo. Es necesario que U. escriba á los amigos para noticiarles el peligro en que estamos; y que tome parte activa en esto. Si lo demoran para dos meses no hai ya tiempo.

“Acuérdese de nosotros y de sus ofrecimientos.

“Saludo á la Sra. y mande á su amigo que verdaderamente lo estima y b. s. m. — (firmado) — *P. Corral*”.

Después seguía esta posdata: “Nicaragua es perdido, perdido Honduras San Salvador y Guatemala, si dejan que esto tome cuerpo [...] ocurran brebe que encontrarán auxiliares”.*

Allí no había ambigüedad. Iba directamente al grano. El juramento hecho por Corral hacía menos de seis días era falso, y en sus adentros ya acariciaba la traición en el preciso instante en que se arrodillaba delante del Santo Crucifijo e invocaba la Ira Divina si alguna vez le era desleal al gobierno.**

Sin pérdida de tiempo, el general Walker pidió a los miembros del gabinete que se reunieran con él en presencia del Presidente Rivas; el propio Corral fue invitado, aunque ni siquiera sospechó el motivo. También se solicitó la presencia de algunos de los ciudadanos más prominentes del país.

Una vez reunidos todos, a Corral se le confrontó con su traición. El

* En esta traducción se copia la versión de la carta que publicó *El Nicaraguense* en castellano el 10 de Noviembre de 1855.¹⁸ Los conceptos son idénticos a la versión en inglés.

**Jamison habla de traición al gobierno, no a la patria.

gabinete entero quedó atónito y Corral enmudeció de asombro, y también por la condena que sabía le aguardaba. No dio excusa alguna ni negó haber escrito las cartas. Se le arrestó y se le envió a prisión, mientras la ciudad entera y todos los caminos eran vigilados por patrullas militares. Se cursaron órdenes para apresar al general Martínez en Managua pero éste recibió aviso de lo que sucedía en Granada y enseguida huyó a Honduras.

Rápidamente se formó un consejo de guerra para juzgar a Corral, integrado por el Coronel C. C. Hornsby de Presidente, el coronel B. D. Fry, Auditor, y Parker H. French, Defensor. Corral prácticamente no se defendió, y se puso a merced del tribunal. Fue declarado culpable y sentenciado a muerte. El general Walker confirmó la sentencia y ésta se ejecutó el 8 de Noviembre — con Corral sentado de espaldas a los muros de la Catedral en donde ocho días antes había jurado lealtad al mismo gobierno que intentaba traicionar.*

El teniente coronel Gillman tuvo a su cargo la ejecución. El general Corral era el predilecto del pueblo legitimista, y debido a sus altas cualidades gozaba del aprecio y del respeto de sus adversarios políticos. Su muerte por la vía sumaria produjo una profunda impresión en todo el país.

La prensa de los Estados Unidos atacó dura y creo que injustamente a Walker por la ejecución de Corral, la que fue denunciada como “asesinato brutal” por los mismos periódicos que aprobaron el fusilamiento de Mayorga. En el caso de Corral, un tribunal debidamente constituido dictó sentencia y Walker simplemente confirmó el fallo. En el caso de Mayorga no hubo un tribunal que lo juzgara, no declararon testigos ni emitió el fallo un jurado. Walker dio orden de fusilarlo y un pelotón de soldados lo fusiló. Mayorga era un prisionero enemigo, libre bajo palabra, y no había violado juramento ni reglamento alguno impuesto por sus captores. Los soldados de su gobierno habían matado a inocentes e indefensos ciudadanos americanos en tránsito por la República, hechos de sangre que él probablemente deploró y condenó. En cuanto a Corral, el sentimiento popular en Nicaragua, aun en las filas democráticas, no estuvo de acuerdo en que fuera aconsejable ni necesaria su muerte; y parece que el propio Walker sintió que debía defenderse ante el público, pues para justificar la ejecu-

* De acuerdo con los documentos oficiales del proceso, publicados por *El Nicaragüense* dos días después del fusilamiento de Corral: William Walker convocó el Consejo de Guerra y nombró a los miembros del tribunal; William Walker presentó la acusación; William Walker testificó ante la Corte en contra del acusado; William Walker fue la autoridad a quien la Corte recomendó clemencia, y William Walker confirmó la sentencia de muerte, nombró el verdugo, señaló la hora y escogió el lugar de la ejecución.¹⁹

ción de Corral, dijo:

“Al prisionero se le encontró culpable de todos los cargos y especificaciones y se le sentenció a muerte; pero el tribunal, por unanimidad, recomendó clemencia al Comandante en Jefe. El General en Jefe, sin embargo, consideró que, en este caso, la misericordia para uno sería una injusticia para muchos”.*

¿Cómo podría continuar teniendo fuerza de ley el tratado del 23 de Octubre y merecer respeto y obediencia de parte del pueblo si se dejaba impune su primera violación, hecha, además, por uno de los signatarios? Para el general Walker, el aspecto político era tan claro e inequívoco como el problema de justicia.

Tan pronto se publicó la sentencia, se hicieron grandes esfuerzos para salvar la vida del desdichado general. Acompañadas por el padre Vijil y por numerosas personas influyentes, sus hijas corrieron donde Walker para implorarle piedad con lágrimas y lamentos. “Pero aquél que mira sólo al dolor presente, y olvida las desgracias mil veces mayores que sobrevendrían de un perdón desacertado, no está capacitado para atender los importantes asuntos de la nación”;** por duro que le fuera resistirse a esas súplicas, el general Walker se negó a conmutar la pena de muerte.

Al quedar vacante el Ministerio de Guerra por la ejecución de Corral, pasó de inmediato a ocupar el cargo don Buenaventura Selva, y el Ministro Residente de los Estados Unidos, Mr. Wheeler, reconoció oficialmente al gobierno de Rivas, mas no obtuvo la subsiguiente aprobación del gobierno norteamericano.

Desde ese momento hasta Marzo de 1856 la paz reinó en toda la República y no hubo dentro de sus fronteras un solo enemigo armado.*** El Presidente Rivas lanzó una proclama invitando a los americanos y a otros extranjeros a establecerse en Nicaragua, complementándola con un decreto que ofrecía 250 acres de tierra a cada adulto, más 100 acres adicionales

* *The War in Nicaragua*, p. 138.

***Ibid.*, p. 139.

***En Diciembre de 1855 hubo un conato de rebelión armada. Informa *El Nicaraguense*: “NOTICIAS DE ABAJO — Supimos que la semana pasada un grupo de unos sesenta hombres jefeados por Román Rivas se atrincheraron cerca del raudal de El Castillo con intenciones de apoderarse del vapor de la Compañía del Tránsito y despojar a los pasajeros de sus bienes. El Agente de la Compañía, Mr. Hutchinson, pidió auxilio al Comodoro Paulding para proteger las vidas y bienes de los americanos, y éste envió al capitán Powell, del *Potomac*, en un esquife del barco, río arriba, con varios marineros armados. Al avisarlos los insurgentes, pusieron pies en polvorosa y huyeron...”²⁰ La prensa de Nueva York agregó el dato de que el jefe de los insurgentes, Román Rivas, era nada menos que el hijo mayor de don Patricio, el Presidente de Nicaragua puesto por Walker.²¹

a los matrimonios; todos los efectos personales, implementos agrícolas y animales domésticos podrían introducirse libres de derechos. Se nombró Comisionado de Inmigración a Mr. A. W. Fabens, excelente persona, y en Granada, capital por decreto, se comenzó a publicar un periódico oficial, *El Nicaraguense*, mitad en inglés y mitad en español.

Aunque estos preámbulos administrativos tendían a asentar al gobierno sobre bases sólidas y duraderas, y a incorporar al elemento americano como parte de la estructura social y política de la nación, ya por entonces comenzaban a darse ciertas circunstancias, fomentadas por maquiavelismos extranjeros, que parecían presagiar la ruina de la república; las cuales el autor considera que fueron el comienzo de la caída de Walker, y finalmente condujeron a expulsar del país al elemento americano.

La Compañía Accesoria del Tránsito, representada por Cornelius Vanderbilt, C. K. Garrison y G. H. Morgan, no había cumplido lo estipulado en su contrato con Nicaragua, por lo que el gobierno de Rivas le canceló la concesión e incautó los vapores lacustres y fluviales y demás bienes de la compañía en el país, embargándolos para mientras se ajustaban cuentas.

Aunque no cabía la menor duda en cuanto a la justicia de los reclamos hechos por el gobierno de Rivas, habría sido más prudente tolerar por un tiempo el mal, pues los vapores de la Compañía Accesoria del Tránsito proveían al gobierno de todos sus reclutas y pertrechos de guerra; una vez confiscadas sus propiedades, la Compañía del Tránsito no hizo esfuerzo alguno para restablecer las operaciones y los únicos abastos que llegaban a Nicaragua eran aquéllos de contrabando que lograban burlar la vigilancia de los guardacostas estadounidenses.*

A la luz de los eventos posteriores, habría sido mejor condescender con esa poderosa compañía, esperando hasta que el gobierno de Rivas descansara sobre bases más sólidas; desafortunadamente, Walker no era un individuo que se hincara para suplicar ante el mal, dondequiera que éste estu-

* Durante el primer trimestre de 1856, la Compañía del Tránsito de Vanderbilt operó vapores quincenales conectando a Nueva York y Nueva Orleans con San Francisco vía Nicaragua. El decreto del 18 de Febrero de 1856, confiscando los bienes de la Compañía del Tránsito, fue publicado por *El Nicaraguense* el 23 de Febrero;²² la noticia se recibió en Nueva York por medio del *Northern Light* la noche del 13 de Marzo.²³ El último vapor de Vanderbilt zarpó de Nueva York el 8 y arribó a San Juan del Norte el 18 de Marzo; el *Brother Jonathan*, de San Francisco, llegó a San Juan del Sur el 19 de Marzo.²⁴ Entre el 1 de Enero y esa fecha, 18 vapores cargados de pasajeros y *emigrantes* (refuerzos para Walker) llegaron a puertos nicaragüenses, con procedencia de los Estados Unidos. Los nuevos concesionarios de la ruta, Garrison & Morgan, no lograron mantener un ritmo similar. En el trimestre subsiguiente al decreto (entre el 1 de Marzo y el 31 de Mayo) solamente uno de sus vapores llegó a Nicaragua procedente de San Francisco, uno de Nueva Orleans y dos de Nueva York.²⁵

viere, y mucho menos si se trataba de una arrogante compañía.

En ese intervalo, el Ministro de los Estados Unidos, Wheeler, viajó a Washington para exponer la situación que existía en Nicaragua y ejercer toda su influencia a fin de lograr el reconocimiento oficial del gobierno de Rivas.*

Estando Wheeler en Washington, se nombró Ministro ante los Estados Unidos y se envió a esa capital al padre Vijil, persona sagaz e ilustrada. El padre topó con oídos sordos. El comodoro Vanderbilt y sus colegas ejercían tal influencia sobre el Secretario de Estado que no pudo contrarrestarla el solitario sacerdote nicaragüense.**

Frente a esta situación, el elemento americano en Nicaragua no veía del todo risueño su futuro, a pesar de existir aún la paz y la tranquilidad. Los americanos se daban perfecta cuenta de que las otras repúblicas de Centro América les eran hostiles y de que se preparaban para destruirlos. Todos los suministros de hombres y pertrechos se habían interrumpido; la fiebre amarilla y el cólera morbo diezmaban sus filas tan eficazmente como si las balas y la metralla los segaran; aquélla era una hora en que hasta los más valientes mirarian hacia el porvenir con miedo. Pero eran fuertes los corazones que latían en respuesta al menor deseo del *Predestinado de Ojos Grises*; avezados al peligro, no hubo hombre que flaqueara, ni hubo labio que expresara la menor duda acerca del triunfo final — para ellos, Walker era un héroe ante quien caían inocuos todos los rayos de Marte.

* Wheeler no viajó a Washington entonces.²⁶ Jamison debe haberse equivocado de Ministro al copiar del libro de Walker, donde se lee que el padre Vijil fue nombrado Ministro ante los Estados Unidos y “abandonó su confortable hogar en los trópicos con el propósito de explicar debidamente al gabinete de Washington acerca de la naturaleza de los eventos que ocurrían en Centroamérica”.²⁷

**El padre Agustín Vijil, en su carácter de Ministro del gobierno de don Patricio Rivas ante los Estados Unidos, fue recibido por el Presidente Pierce el 14 de Mayo de 1856, reanudándose así las relaciones diplomáticas entre ambos países. El propio padre Vijil relata en *El Nicaraguense* su viaje y misión a Washington; su relato se reproduce en el Anexo N° 2.



FUENTES

¹ Walker, *op. cit.*, pp. 88-89.

² Francisco Ortega Arancibia, *Historia de Nicaragua (Cuarenta Años) 1838-1878*, Managua: “Tipografía Comercial” de Francisco Huevo é Hijos,

1912, p. 300.

³ Walker, *op. cit.*, p. 94.

⁴ Ortega Arancibia, *op. cit.*, p. 305.

⁵ Doubleday, *op. cit.*, p. 161.

⁶ Ortega Arancibia, *op. cit.*, pp. 306,

- 309.
- ⁷ *Ibid.*, pp. 305, 307-308; Walker, *op. cit.*, pp. 94-95.
- ⁸ Walker, *op. cit.*, p. 94.
- ⁹ Doubleday, *op. cit.*, p. 163.
- ¹⁰ Copia fotostática de carta, en inglés, en el Archivo de la Nación, Managua.
- ¹¹ Walker, *op. cit.*, p. 108.
- ¹² *El Nicaraguense*, Granada, 20 de Octubre de 1855, p. 2, c. 1; William V. Wells, *Walker's Expedition to Nicaragua; a History of the Central American War; and the Sonora and Kinney Expeditions, Including All the Recent Diplomatic Correspondence, Together with a New and Accurate Map of Central America, and a Memoir and Portrait of General William Walker*, New York: Stringer and Townsend, 1856, p. 62.
- ¹³ Anselmo H. Rivas, "Ojeada Retrospectiva", *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano*, Managua, Enero 1967, Vol. 16, N° 76, p. 45.
- ¹⁴ Joseph N. Scott, *El Testimonio de Scott*, Traducción de Alejandro Bolaños Geyer, Managua: Colección Cultural Banco de América, Editorial y Litografía San José, S. A., 1975, pp. 32 *et seq.*
- ¹⁵ Walker, *op. cit.*, p. 111.
- ¹⁶ *Ibid.*, p. 112; Rivas, *op. cit.*, p. 43.
- ¹⁷ Walker, *op. cit.*, p. 121.
- ¹⁸ *El Nicaraguense*, 10 de Noviembre de 1855, p. 4, c. 1.
- ¹⁹ *Ibid.*, p. 2, c. 3-4.
- ²⁰ *Ibid.*, 29 de Diciembre de 1855, p. 2, c. 2.
- ²¹ *Frank Leslie's Illustrated Newspaper*, New York, 19 de Enero de 1856, p. 82.
- ²² *El Nicaraguense*, 23 de Febrero de 1856, p. 2, c. 4.
- ²³ *The New York Herald*, 14 de Marzo de 1856, p. 1, c. 1.
- ²⁴ Scott, *op. cit.*, pp. 343-344.
- ²⁵ *Ibid.*, pp. 343-345.
- ²⁶ John Hill Wheeler, "Diary, 1854-56", The Library of Congress, Washington, D.C., Manuscript Division.
- ²⁷ Walker, *op. cit.*, p. 205.

4: MI VIAJE A NICARAGUA

La Juventud del Autor — Buscador de Oro en California — Para Nicaragua — El Vapor Sierra Nevada — Problema a Bordo — Llega a Granada — Ingresa al Servicio Militar — Enviado a Ometepe — Masaya — La Fiesta de San Jerónimo.

Nací en hogar de pioneros, dos millas y media al sureste de la aldea de Paynesville, en el condado de Pike, en Missouri, el 30 de Septiembre de 1830; soy, pues, oriundo de Pike. Mi padre, John Carson Jamison, emigró de la Carolina del Norte a Missouri en época remota.

Durante mi adolescencia, los muchachos de mi Estado natal se morían de las ganas por viajar a lejanas tierras en busca de fortuna y de emocionantes aventuras.* La guerra con México y los triunfos de los coroneles A. W. Doniphan y Sterling Price, acaudillando a los voluntarios missurenses, despertaron un enorme entusiasmo entre los jóvenes. Yo vivía con un primo en su finca cerca de la pequeña aldea de Paynesville cuando me atacó la *fiebre mexicana*, como se la llamaba, haciéndome hervir la sangre en el pecho. Estaba loco por enrolarme en el ejército, pero dos obstáculos me lo impedían: No tenía caballo ni dinero para comprarlo. En ese entonces no había ferrocarriles ni líneas de telégrafo en Missouri. Para remate, me informaron que el ejército no me aceptaría, ya que sólo tenía dieciséis años de edad. La desesperación se apoderó de mí ante la perspectiva de una monótona vida de finquero.

Sin embargo, jamás perdí la esperanza de que sucediera algo que me llevara a tierras lejanas. Guardé, sí, mis sueños en secreto, no fuese que mi tutor me impidiera realizarlos. Día tras día me resbalaba a la pequeña

* Durante la niñez y adolescencia de Jamison, la región de Missouri era la frontera norteamericana, separada del Pacífico por las vastas e inhóspitas soledades del Oeste, que nominalmente pertenecían a México pero en realidad eran morada de los apaches y de otras tribus de indios salvajes. La derrota mexicana en la guerra de 1845-47 hizo cambiar de dueño esos territorios y los dominios de las barras y estrellas se extendieron a todo lo ancho del continente. Missouri sirvió entonces de portal para la conquista del Oeste hacia donde desfilaron cientos de miles de ávidos aventureros, atraídos a California por el descubrimiento de oro en el valle del río Sacramento en 1848. Como se verá adelante, Jamison fue uno de ellos.

aldea para escuchar ávidamente hasta el más mínimo detalle de las noticias del ejército. En una de tantas visitas, me enteré que el gobernador Edwards había dispuesto reclutar más tropas y que a un tal capitán Sallee, de Troy, condado de Lincoln, se le había encomendado la organización de una compañía de infantería. Yo soñaba con la caballería, con espuelas tintineantes, golpes sonoros de sable y una larga pluma en el sombrero, pero me resigné a ser soldado de infantería para no desperdiciar la oportunidad de ir a México.

Mi problema era cómo llegar a Troy, a treinta millas de distancia, antes de que se llenara el cupo del reclutamiento. Estaba sin un centavo y no tenía cabalgadura. Era un sábado, y ya al atardecer se me ocurrió que mi viejo amigo el doctor Easton, quien vivía dos millas al sur de Paynesville, podría prestarme un caballo sin preguntarme para qué lo quería. El doctor Easton era magnífica persona y bondadosamente accedió a mi solicitud cuando me le aparecí, tras haber caminado hasta su casa.*

Salí el domingo al amanecer y llegué a casa del capitán Sallee ya de tarde. Le dije mi edad, le conté de la larga distancia que había cabalgado para alistarme en el servicio de mi patria y le supliqué no rechazarme. Lo quedé viendo con indescriptible alegría cuando me contestó que me aceptaba, en prueba de lo cual allí mismo me tomó el juramento de enganche. El capitán Sallee me invitó a pasar esa noche en su hogar, lo que acepté gustoso pues no andaba un centavo en la bolsa para comprar comida, ni para mí ni para el caballo, por lo que pensaba regresar a casa esa misma noche.

Hice el viaje de regreso al siguiente día, lleno de esperanzas, pero, ¡caramba!, éstas se esfumaron muy pronto debido a que el Presidente enseguida revocó la orden de reclutar el regimiento. Era la mayor desgracia que me ocurría desde la muerte de mi padre, en 1845, cuando sus hijos quedamos distribuidos entre gentes extrañas.

Los relatos de tesoros me indujeron en la primavera de 1849 a atravesar las llanuras del Oeste rumbo a los yacimientos de oro de California. Cinco años más tarde, me encontraba trabajando en las minas de Georgetown, condado de El Dorado, cuando oí hablar de las batallas de Walker en Nicaragua. Mi sangre se recalentó de sólo pensar en las excitantes aventuras que me aguardaban si lograba unirme al ejército de Walker. Final-

* Jamison se refiere al doctor Christopher C. Eastin, y no Easton, quien, nativo de Kentucky donde radicara su familia, originaria de Virginia, se estableció primero en Clarksville y luego, en 1840, en Paynesville. *The History of Pike County, Missouri*, publicada en Des Moines, Iowa, por Mills & Company en 1883, lo considera "Un caballero de gran respetabilidad, íntegro e intachable, y médico de popularidad muy grande", p. 410.

mente fui a San Francisco, me puse en contacto con los agentes de Walker y el 5 de Diciembre de 1855 partí hacia San Juan del Sur en el vapor *Sierra Nevada* del capitán Blethen.* Esto fue un poco antes de la ruptura del gobierno de Rivas con la Compañía Accesorio del Tránsito.

A esa edad, yo contemplaba la vida con ojos extasiados; todo lo veía color de rosa y, rebosante de salud y vigor, no necesitaba ni pedía tregua al tiempo o a la fortuna — media seis pies una pulgada y pesaba ciento setenta libras.

El *Sierra Nevada* puso proa hacia aguas tropicales, con más de seiscientos pasajeros que regresaban a sus hogares en el Este; transportaba, además, un cargamento de oro en polvo cuyo valor ascendía a varios millones de dólares. La vida a bordo era deliciosa, hombres y mujeres felices por la ilusión de reunirse pronto con aquéllos de quienes se habían separado hacía largos años; y muchos, hasta entonces pobres y sin suerte, regresaban ahora con capitales que les aseguraban paz y contento para el resto de sus días.

En el vapor viajaba el capitán Norris con casi un centenar de hombres, la mayoría oriundos de Nueva York, quienes habían estado en los campos mineros y formaban un conjunto del demonio, todos con destino a Nicaragua al igual que otros cuarenta y seis de mi grupo. Al tercer día de navegación, los cuarenta y seis nos reunimos sobre cubierta en la proa para elegir a nuestros oficiales. Aunque yo era un extraño en ese grupo, pues no había visto más que a tres o cuatro de ellos antes de zarpar el *Sierra Nevada*, obtuve cuarenta y cuatro votos para el cargo de teniente y se me dio el mando de la compañía, en el acuerdo de que su capitán, de apellido Luke, viajaría en el próximo vapor. Charles Pierson fue designado subteniente y George Penrose subteniente honorario. Eso se hizo según la antigua táctica militar escocesa que prescribe tres tenientes para cada compañía de infantería. Fiscalizó la elección el coronel E. J. C. Kewen, abogado de San Francisco y hermano del coronel Achilles Kewen

* La prensa de San Francisco informó al día siguiente acerca de la partida del vapor *Sierra Nevada* el 5 de Diciembre de 1855: "AVENTUREROS NICARAGUENSES — El vapor *Sierra Nevada* llevó ayer cerca de doscientas cincuenta personas que piensan quedarse en Nicaragua. Un gran porcentaje de ellos son reclutas para el ejército de Walker. Varias compañías de reclutas bien equipados para prestar servicio militar fueron organizadas en esta ciudad y en el interior por el coronel Sutter, el capitán McNabb, el teniente Coy y el teniente Anderson. Los señores John Brady y William King, que estuvieron con Walker en la Expedición a la Baja California, iban entre los que salieron de esta ciudad para unírsele a Walker. Los nombres de los señores J. Kenny, coronel Estell, William Tindel y Frank Turk también se mencionaban. Entre los aventureros iban algunos que se proponen dedicarse a actividades agrícolas y comerciales".¹

muerto el 29 de Junio en la batalla de Rivas.*

El subteniente Pierson se había postulado para el cargo de teniente y mucho le contrarió su derrota. Andaba con un compañero llamado McDonald. Yo conocía a ambos de vista en las minas y estaba al tanto de que se sospechaba de ellos por el robo y asesinato de un marinero en los alrededores de Georgetown, crimen por cuyos culpables el Estado de California ofrecía mil dólares de recompensa. También había a bordo otros sujetos de reputación y conducta nada recomendables.

Al cabo de varios días y mientras el *Sierra Nevada* continuaba trazando sus blancas estelas de espuma sobre el Pacífico, el capitán Blethen envió por mí con apuro para decirme que mis hombres se aprestaban para allanar la despensa del barco, alegando el pretexto de que la comida era mala y escasa.

Bajé a saltos la escalerilla para tratar de impedir que mi gente penetrara por un pasillo angosto y oscuro que conducía a la despensa, al final del cual los esperaban varios miembros de la tripulación provistos de navajas, pistolas y cutachas, y dispuestos a abatir al primero que se acercara. Para aflicción mía, mi gente avanzó empujándome por delante, e instantáneamente me di cuenta de que, en aquella oscuridad, pronto estaría al alcance de las armas de la resuelta tripulación. Saqué mi cuchillo, única arma que portaba, y me volteeé contra mis hombres para contenerlos. Por fortuna, la voz del coronel Kewen se dejó oír en tan crítico momento anunciando, sobre el griterío de la gente, que el capitán le había dado seguridades de mejorar la comida durante el resto del viaje. La noticia se propagó de boca en boca calmando los ánimos y yo quedé libre de mi involuntaria prisión.

Reuní a mis hombres para decirles que eran culpables de una grave falta; que los actos de violencia en alta mar, a bordo de un barco como el *Sierra Nevada*, podían ocasionar un enorme desastre ya que se ponía en peligro la nave y las vidas de los pasajeros, muchos de ellos mujeres y niños. Me prometieron no volver a amotinarse durante la travesía.

El teniente Pierson era obstinado y repetidamente propenso a desco-

* En la crónica del siguiente viaje del *Sierra Nevada*, que partió de San Francisco el 21 de Enero de 1856, se menciona entre los pasajeros al coronel Kewen y a otros individuos cuyos nombres se pronuncian en inglés casi igual a los que menciona Jamison. Dice el *Herald* el 22 de Enero: "AVENTUREROS NICARAGUENSES — El vapor *Sierra Nevada*, que zarpó ayer para San Juan llevó una cantidad inusitadamente grande de pasajeros que intentan quedarse en Nicaragua. Entre ellos iba una compañía de ciento veinticinco hombres, reclutada para el ejército de Walker, bajo el capitán S. J. Loop y el teniente Charles Parsons. El coronel E. J. C. Kewen y su esposa, y el doctor J. B. Phinney y señora, iban entre los pasajeros..."²

nocer mi autoridad, lo que hube de sufrir con tolerancia tácita ya que mis hombres aún no habían prestado juramento militar. Atendiendo los consejos del coronel Kewen, del capitán Blethen y de muchos de los pasajeros, hice caso omiso, temporalmente, a la insolencia de Pierson y de los pocos sometidos a su dominio.

Al atardecer del último día de viaje, casi a la vista de San Juan del Sur, el sobrecargo pidió que se escogiera una escolta de quince hombres para acompañar el cargamento de oro en el trayecto de San Juan del Sur a La Virgen, región infectada de bandoleros y foragidos, hasta dejarlo a bordo del vapor en el lago. Después de seleccionar a los miembros de la escolta, incluyendo como Sargento Ordenanza a Thompson, hombre valiente y honrado a quien en secreto le recomendé no despegar su vista del tesoro hasta dejarlo seguro en manos del agente en La Virgen, busqué cómo apelar al pundonor y a la dignidad que pudiesen quedarle a Pierson, ordenándole que él mandara la escolta.

Ningún pasajero sospechó de antemano la excitación y el alboroto que les aguardaba esa noche y sólo hasta el siguiente día cayeron en la cuenta del tremendo peligro corrido por el *Sierra Nevada* y cuantos íbamos a bordo.

A eso de la medianoche, el capitán Blethen me despertó para decirme que mis hombres habían allanado la despensa y estaban saqueando las provisiones del barco. Bajé a todo correr y me encontré al teniente Pierson, a McDonald y a cerca de una docena de mi compañía, junto con el capitán Norris y su gente, entregados a los peores actos de desenfreno y libertinaje — el piso estaba cubierto por los cascotes rotos de botellas de vino y de licores, y por los restos de frascos de conservas y de toda clase de víveres. La incursión había degenerado en una orgía de borrachos armados y desafiantes; uno se estremecía al pensar en las consecuencias que ese licencioso desenfreno podría acarrear, a medida que se excitaban más y más con el alcohol — un inmenso tesoro estaba a su alcance y no era del todo imposible que le pegaran fuego al barco, con todo y pasajeros, y luego escaparan.

Apenas hice acto de presencia cuando McDonald me esgrimió en la cara un revólver de Marina de seis tiros y acompañándolo de una maldición me gritó: “¡Salga de aquí; en esta pandilla no manda usted!” Obedecí al instante. Informé al capitán Blethen de que no consideraba prudente hacer nada para contener a los amotinados pues el menor intento podría resultar en la pérdida del barco y del pasaje. Al correr de las horas, los individuos sucumbieron al sopor de la intoxicación y el disturbio cesó.

A la mañana siguiente, al avistar San Juan del Sur en el horizonte, y deseando conciliar a mi gente y ponerlos en tierra lo antes posible, le di

instrucciones al teniente Pierson respecto a la escolta, a lo cual replicó con insolencia que él no la mandaría. Entonces le di el mando al sargento Thompson.

Debido a la poca profundidad del agua, el *Sierra Nevada* fondeó a media milla de la costa. A petición propia fui enviado a tierra en el esquife del capitán e inmediatamente busqué al comandante de la plaza, teniente Rudler, le conté rápido lo sucedido y me dio un destacamento de soldados portando sólo revólveres pues los rifles habrían despertado sospechas. Al desembarcar la gente, cinco de los cabecillas del motín fueron apresados y llevados al calabozo, entre ellos McDonald. De momento, Pierson sólo fue detenido. A los pasajeros y el oro se les condujo sin tropiezos a La Virgen.

En San Juan del Sur estuvimos un corto tiempo a la espera de transporte, y el sargento Thompson, veterano de la guerra mexicana, lo aprovechó para iniciar a los soldados en sus primeras maniobras militares. Al formar filas la compañía, el teniente Pierson, aunque estaba detenido, ocupó su sitio como segundo en el mando.

El conocimiento de la milicia no abundaba entre aquellos oficiales y soldados, y como novato que era yo, desde el primer momento se me presentó un problema desconcertante. Por mera intuición, no creí que un oficial bajo arresto debiera aparecer actuando al frente de sus tropas, pero tampoco me hallaba completamente seguro de ello. Mi problema era decidir qué debía hacer yo. Si se desafiaba mi autoridad, sería un mal día para mí; eso yo lo sabía. Siguiendo un impulso del momento, degradé a raso al teniente Pierson y ordené al sargento Thompson que custodiado por un pelotón lo confinara en el cuartel. Eso surtió un efecto maravilloso sobre los revoltosos, y aunque después me di cuenta de lo ridículo de mi acción, ésta sirvió un propósito bueno y saludable.

Mi conducta durante todo ese episodio mereció la aprobación del general Walker, a quien sospecho le facilitó los detalles en privado el coronel Kewen. Cuando llegué a Granada presenté mi informe y el general Walker lo estudió con la mayor atención. No dejaba de preocuparme la incertidumbre, pues desconocía si, desde el punto de vista militar, había hecho o no lo correcto al degradar a raso a Pierson. Transcurrieron tres días sin recibir noticias del general Walker, y me encontraba descansando en el cuartel, cuando vi que se acercaba un estrafulario personaje cruzando la plaza a tremendas zancadas. Los pantalones le venían demasiado cortos y estrechos pero en su chaqueta brillaban relucientes los galones, un largo penacho ondeaba en el sombrero y su espada resonaba al golpear el pavi-

mento.

“¿Dónde está Jamison?” indagó con voz sonora y fuerte.

Seguro de que me esperaban problemas y sin pensar siquiera en la jerga militar, contesté todo nervioso: “Aquí estoy”.

Me ordenó presentarme al cuartel general, en donde Walker deseaba hablar conmigo. Yo iba temblando al entrar a la oficina y mi turbación se agigantó al encontrar reunidos a todos los oficiales del estado mayor. El general Walker se me acercó, diciendo: “Teniente, aquí tiene su nombramiento de teniente en el ejército de la República de Nicaragua”. Me entregó mi nombramiento con sus propias manos. Fui asignado a la Compañía D del Primer Batallón de Infantería.*

En el transcurso del tiempo, cuando prestaba servicio en San Juan del Sur, el capitán Blethen solía invitarme a su barco en cada arribo del *Sierra Nevada*, cortesía que siempre me resultó muy grata, no sólo por las excelentes viandas de su mesa, sino porque consideraba que en esa forma el capitán me mostraba su aprecio por un servicio que él sentía yo le había brindado.

McDonald, junto con otro de sus revoltosos y peligrosos compinches, fueron ejecutados por crímenes cometidos en la República. A Pierson se le dejó en libertad, asignándosele a otra compañía, pero sin rango. Su truculencia me obligó a un encuentro personal. Cierta sujeto llamado James Knox me preguntó un día respecto al rumor corriente de que Pierson era fugitivo de la justicia californiana. Con todo cuidado y explícitamente, le dije que lo único que yo sabía era que en Georgetown robaron y asesinaron a un marinero; que las sospechas del crimen recayeron sobre Pierson y McDonald; y que el Estado de California ofrecía una recompensa a quien aprehendiera a los asesinos. Knox le repitió a Pierson lo dicho por mí, pero posiblemente alterándolo.

Me encontraba un día en la plaza platicando con Morgan, edecán del estado mayor del general Walker, cuando se me acercó Pierson y me preguntó enojado, si yo andaba contando cuentos acerca de su persona. Le

* El *Sierra Nevada* que salió de San Francisco el 21 de Enero de 1856 arribó a San Juan del Sur el 3 de Febrero a las cuatro de la mañana.³ El *Nicaraguense* del sábado 9 de Febrero informó de la llegada del vapor, con el coronel E. J. C. Kewen y el complemento de un gran número de reclutas de San Francisco, además de veinte damas, incluyendo a la esposa del coronel; “los reclutas de San Francisco bajo el mando del capitán Norris fueron incorporados a la Compañía D” y “Mr. Jamison” fue nombrado Primer Teniente en el ejército.⁴ Los nombres de Parsons, Pierson, Loop y Luke no figuran entre los oficiales. En conclusión: Los documentos de la época indican que Jamison viajó a Nicaragua en el *Sierra Nevada* que zarpó de San Francisco el 21 de Enero y arribó a San Juan del Sur el 3 de Febrero de 1856. Dicho sea de paso, el capitán del *Sierra Nevada* se apellidaba Blethen.

respondí que no y le repetí lo que le había dicho a Knox. Yo estaba seguro de que Pierson andaba armado y buscando camorra, y cuando me llamó embustero al punto desenfundé mi pistola y le disparé, pero Morgan me haló el brazo al momento de apretar el gatillo. La bala perforó el sombrero de Pierson quien, para sorpresa mía, andaba desarmado; rápidamente corrió al cuartel en busca de su pistola, la cual encontró descargada. Al intentar cargarla, con la excitación se le disparó accidentalmente y el proyectil le deshizo el codo izquierdo, requiriéndose su amputación para salvarle la vida.

Poco después de nuestro arribo a Granada nombraron comandante de mi compañía al capitán "Tom" Everts y nos enviaron a la isla de Ometepe, en el Gran Lago de Nicaragua, para sofocar ciertos disturbios de la población indígena.* Enseguida pasamos a Masaya, ciudad de 12,000 habitantes, en el camino a León, y allí nos encontramos en una población compuesta casi exclusivamente de indios.** Masaya se abastecía de agua de la laguna de su mismo nombre, y la trepaban en vasijas por una tortuosa escalera de piedra de quinientos pies de altura, hasta el nivel de la ciudad. Yo vi a las mujeres indígenas ascender esos escalones, con un recipiente en cada mano y otro equilibrado sobre la cabeza, sin derramar una sola gota.

A las pocas noches de haber llegado, nuestra guarnición se despertó como a las dos de la madrugada a causa de un terrible retumbo seguido de una serie de detonaciones que nos pusieron los pelos de punta. Nadie entre nosotros sabía la existencia de un volcán al otro lado de la laguna de Masaya. El volcán tenía muchos años de estar en reposo, pero mientras nosotros dormíamos, de repente entró en actividad con un estrépito mayor al que hubiera hecho un largo convoy de ferrocarril de estrellarse de frente contra las paredes de nuestro cuartel. Los centinelas dispararon al aire y todos corrimos a empuñar las armas, presumiendo que el enemigo nos atacaba en fuerza con artillería pesada. Presas aún de febril excitación, nos calmamos al aparecer el padre Sutro y el Alcalde, quienes nos

* Thomas P. Averett ascendió de teniente primero a capitán y recibió el mando de la compañía de Jamison, el 9 de Febrero, en la misma fecha en que éste fue nombrado teniente.⁵ En inglés, Averett y Everts se pronuncian casi como homófonos, lo cual explica la confusión ortográfica entre ambos textos.

**La fecha exacta la da el Ministro de los Estados Unidos, John Hill Wheeler, quien escribió en su diario el sábado 23 de Febrero de 1856: "...llegamos a Granada como a las seis de la tarde, precisamente cuando salían las tropas del capitán Thos P. Everett para Massaya".⁶ Una semana más tarde, *El Nicaraguense* informa: "El capitán Thomas J. Averett, el teniente primero James Jamison y el teniente segundo H. Clay Hall, de la Compañía E, con alrededor de 42 hombres están de servicio en Massaya, a doce millas de Granada. Esa plaza se considera una de las más saludables en el Estado y los muchachos parecen estar perfectamente satisfechos de su nueva ubicación".⁷

comunicaron que todo el fenómeno se debía a una erupción del volcán Masaya.*

Estando en Masaya presencié las fiestas anuales de San Jerónimo en Marzo, a las que concurrieron muchos miles de nativos. Hacia ochenta y cuatro años había hecho erupción un volcán cercano a la ciudad, y el torrente de lava destruyó la vegetación y causó la muerte de numerosas personas en una extensa zona de muchas millas de longitud. Los incultos y supersticiosos nativos recurrieron a todos los medios disponibles para aplacar la ira divina, que veían manifiesta en tamaña calamidad, pero sus esfuerzos resultaron infructuosos hasta que llevaron en procesión al cementerio de Campo Seco, un sitio desde el cual se apreciaba el volcán, a una preciosa imagen de la Virgen María, interponiéndosela a los rayos y truenos del monstruo. Casi al instante cesaron las convulsiones terráqueas y desde entonces, en la misma semana de Marzo, la ceremonia se repite año con año.

Durante esa Semana Santa nadie puede andar a caballo por las calles, si no es con un permiso especial o a petición del señor cura de Masaya. Las calles y los caminos que conducen a Campo Seco se alfombran, en capas de varias pulgadas de espesor, con las bellas flores que abundan en esa región tropical.**

* Esa erupción del volcán Masaya ocurrió el domingo 2 de Marzo en la madrugada y *El Nicaraguense* narra el incidente: "TENTATIVA DE SOFOCAR UN VOLCAN — El sábado en la noche, mientras los soldados destinados en Masaya descansaban de las fatigas del día, el volcán Masaya — o el 'Infierno de Masaya' como hondamente lo evocan los nativos — comenzó a hacer una animada serie de erupciones. Pensando que se trataba de un ataque chamorrista sobre la ciudad, el centinela disparó su fusil para alertar a la guarnición y el capitán Averett rápidamente movilizó sus tropas a fin de sofocar el tumulto. Después de investigar con calma la causa de la alarma, se juzgó que la conmoción era demasiado poderosa para que la silenciara las tropas disponibles en el lugar y por consiguiente todos decidieron regresar a la cama mientras llegaban refuerzos".⁸

En otro artículo, *El Nicaraguense* agrega: "ATAQUE 'BRUTAL' — En nombre de los soldados de la Compañía E, de guarnición en Masaya, el teniente Hall nos asegura que las tropas de ese lugar no se consideraron incapaces de sofocar al volcán Masaya durante sus recientes conmociones; el único motivo que les hizo desistir de sus propósitos fue el respeto que sentían por el anciano transgresor. La Compañía E se cree en completa capacidad, bajo los oficiales que la comandan, de sofocar cualquier disturbio que pueda presentarse en los alrededores de Masaya. Nosotros depositamos nuestra entera confianza en el teniente Hall y le aconsejamos al volcán que se esté 'quedado' [en español, en el original]".⁹

**Jamison se confunde e incurre en varios errores de apreciación, todos comprensibles al relacionar los detalles. Los "ochenta y cuatro años" transcurridos desde la antigua erupción están correctos, ya que ocurrió el 16 de Marzo de 1772 y ochenta y cuatro años después, el 16 de Marzo de 1856, Jamison se encontraba en Masaya. También es correcto que la procesión de la Virgen se celebra anualmente en Masaya en esa fecha, que ese año coincidió con el Domingo de Ramos, comienzo de la Semana Santa;¹⁰ eso hizo que, para Jamison, la procesión de la Virgen y la Semana Santa fueran una sola cosa. Por otro lado, las fiestas pa-

El Padre Sutro, anciano y amado patriarca de la parroquia, dijo un sermón en Campo Seco, y de ese sacerdote obtuve la mayoría de los datos referentes a la leyenda. El Padre Sutro nos pidió al teniente H. Clay Hall y a mí que acompañáramos la procesión a caballo, uno a cada lado de la carroza en que iba la imagen de la Virgen, empuñando cada uno su espada desnuda con la punta hacia el suelo al costado del caballo. Guardo la creencia de que no menos de cincuenta mil almas concurrieron a las festividades en esa ocasión y que las sartas de flores regadas en las calles, caminos e iglesias, no habrían cabido en cien furgones.*

A poco de estar en Masaya, el capitán Everts murió de fiebre amarilla y el mando de la compañía recayó sobre mi persona.** Aunque reinaba la tranquilidad y en el departamento no había un solo cuerpo hostil armado, fuera de sus límites ocurrían movimientos excitantes y peligrosos.

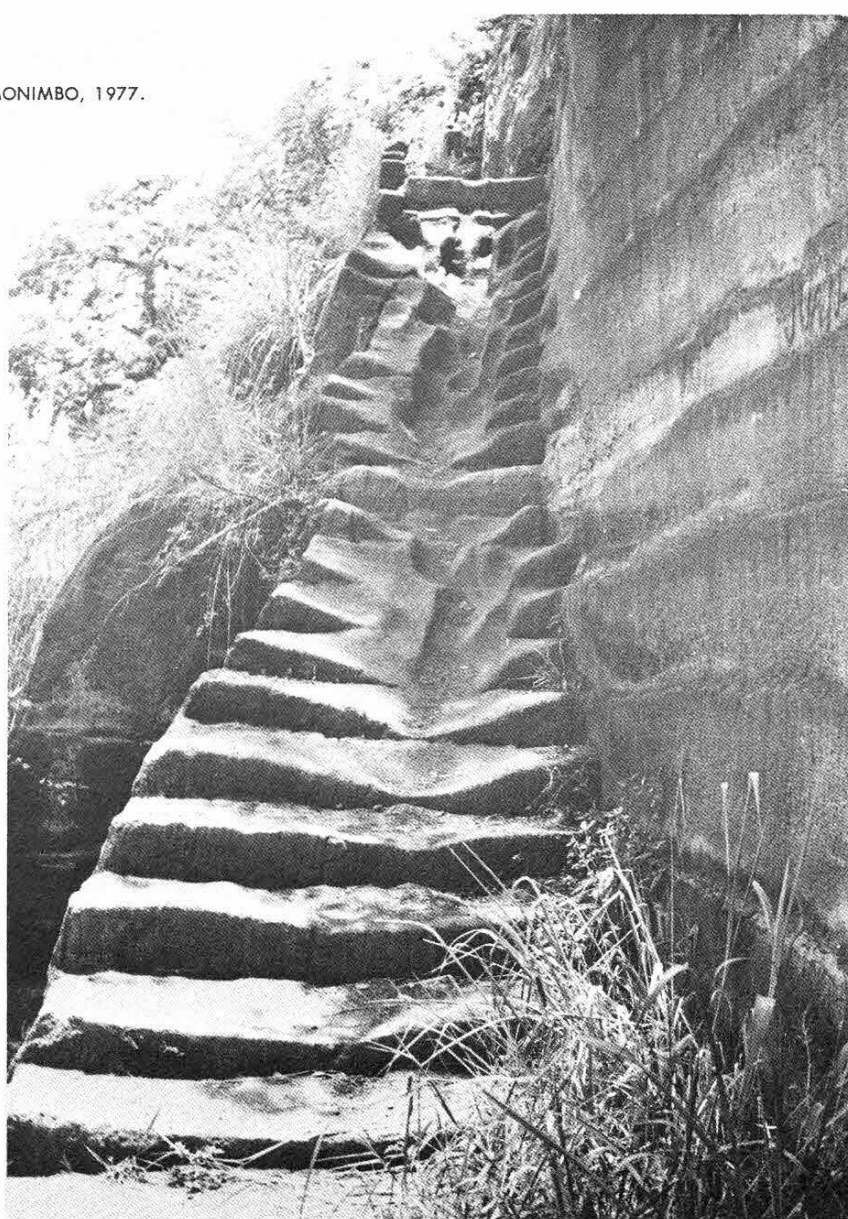
tronales de San Jerónimo de Masaya, con su respectiva procesión, se celebran el 30 de Septiembre, fecha del cumpleaños de Jamison, pero éste ya no estaba en Masaya para entonces, según se verá más adelante. Indudablemente oyó hablar de la fiesta de San Jerónimo y, por su mal español, entendió que así se llamaba a la Semana Santa. Por lo tanto la procesión de la Virgen, las procesiones y ceremonias de la Semana Santa y la fiesta de San Jerónimo, son, en su relato, un mismo ritual.

* Aunque el espesor de la alfombra de flores está fragrantemente engrosado por Jamison, y aunque en la Masaya de nuestros días ya la vista no se deleita con sus legendarios jardines, nuestros abuelos llamaban a Masaya *La Ciudad de las Flores*. Las "cincuenta mil almas" que concurrieron a sus festividades religiosas parecen una multiplicación jamisonniana: Su edad, el número de las décadas transcurridas hasta escribir su relato y el sinnúmero de veces que lo narró a sus amigos de Missouri y Oklahoma, sumaron en la memoria del viejo general unos cálculos románticos, a la redonda. En cuanto al padre Sutro, su verdadero nombre era el "Sr. Cura y Vicario Pro. D. Leandro Zurita".¹¹ Zurita era un apellido desconocido para Jamison y, al escucharlo, le sonó como *Sutro*, nombre bien conocido en San Francisco. Igual cosa le sucedió con el Campo Santo de Masaya; escribió *Campo Seco* porque así se llamaba una población minera en California.

**El obituario no se encuentra en *El Nicaraguense*, pero en el diario del Ministro Wheeler figura este asiento: "Sábado 22 de Marzo de 1856 — ...llegamos a Masaya a la diez de la mañana. Estando nosotros allí, el pobre capitán Thos Everett murió de fiebre amarilla... Salimos a las tres de la tarde y llegamos a Granada a las seis..."¹²



MASAYA Y LA VIRGEN DEL VOLCAN : 1772 - 1977



"Enseguida pasamos a Masaya, ciudad de 12,000 habitantes, en el camino a León, y allí nos encontramos en una población compuesta casi exclusivamente de indios. Masaya se abastecía de agua de la laguna de su mismo nombre, y la trepaban en vasijas por una tortuosa escalera de piedra de quinientos pies de altura, hasta el nivel de la ciudad. Yo vi a las mujeres indígenas ascender esos escalones, con un recipiente en cada mano y otro equilibrado sobre la cabeza, sin derramar una sola gota" (p. 88).



PROCESION DE MAGDALENA, 1977.



"Estando en Masaya presencié las fiestas anuales (...) en Marzo (...). El padre Sutro nos pidió al teniente H. Clay Hall y a mí que acompañáramos la procesión a caballo ..." (pp. 89-90).

La procesión de la Virgen del Volcán que acompañara Jamison, continúa celebrándose en Masaya todos los años el 16 de Marzo. En la actualidad son dos las procesiones: una (arriba) de la iglesia de Magdalena, en el barrio indio de Monimbó, y otra (abajo) de la parroquia, en el centro de la ciudad.

PROCESION DE LA PARROQUIA, 1977.

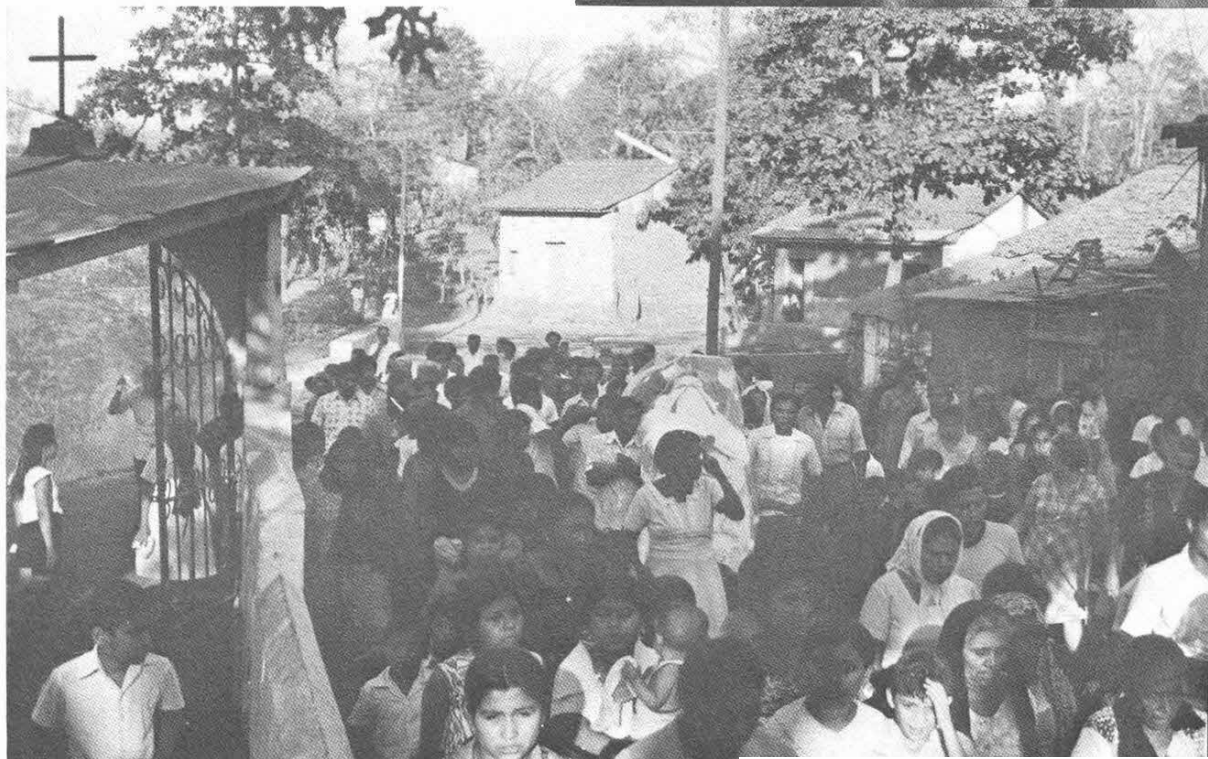
IMAGEN DE LA PARROQUIA, 1977.

"...llevaron en procesión al cementerio de Campo Seco, un sitio desde el cual se aprecia el volcán, a una preciosa imagen de la Virgen María..." (p. 89).

La imagen de la fotografía (derecha) se venera en el templo parroquial de Nuestra Señora de la Asunción.

La procesión de la iglesia de Magdalena pasa en su recorrido (abajo) junto al actual Cementerio del Pueblo.

PROCESION DE MAGDALENA, 1977.





Situado al borde de los farallones de la laguna y frente al volcán, el antiguo cementerio a que se refiere Jamison desapareció en fecha reciente.

Las ceremonias religiosas del 16 de Marzo continúan, sin embargo, celebrándose en el mismo sitio, como puede verse en esta fotografía tomada en 1977.

La modesta mesa enflorada espera a la Virgen de la Parroquia.

[37] Capt. Thomas J. Averett, First Lieutenant James Jamison, and Second Lieutenant H. Clay Hall, of Co. E, with about 42 men, are stationed at Masaya, twelve miles from Granada. The post is considered one of the healthiest in the State, and the boys appear perfectly satisfied with their new position.

"...el teniente James Jamison (...) está de guarnición en Massaya..."
 ("El Nicaraguense", 1-III-56).

"...el volcán Massaya —o el 'infierno de Massaya' como hondamente lo evocan los nativos— comenzó a hacer una animada serie de erupciones..."
 ("El Nicaraguense", 8-III-56).

ATTEMPT TO SURPRISE A VOLCANOE.—On Saturday night, as the soldiers stationed in Masaya were resting from the fatigues of the day, the volcano of Masaya, or as it is profoundly entitled by the natives the "Hell of Masaya," commenced a lively series of explosions. The sentinel, concluding the Chamoristas were upon the town, fired off his musket to alarm the garrison, and Captain Averett promptly turned out the troops to suppress the disturbance. After a calm investigation into the cause of the alarm, it was concluded that the row was a little too strong to be muzzled by the troops stationed at that point, and consequently all hands retired to bed to await for reinforcements.

FUENTES

- ¹ *Daily Herald*, San Francisco, 6 de Diciembre de 1855, p. 2, c. 1.
- ² *Ibid.*, 22 de Enero de 1856, p. 2, c. 2.
- ³ *Ibid.*, 20 de Febrero de 1856, p. 2, c. 2.
- ⁴ *El Nicaraguense*, 9 de Febrero de 1856, p. 1, c. 2; p. 2, c. 2; p. 2, c. 4; p. 2, c. 5.
- ⁵ *Ibid.*, p. 2, c. 5.
- ⁶ Wheeler, "Diary, 1854-56", 23 de Febrero de 1856.
- ⁷ *El Nicaraguense*, 1 de Marzo de 1856,

- p. 2, c. 4.
- ⁸ *Ibid.*, 8 de Marzo de 1856, p. 1, c. 3.
- ⁹ *Ibid.*, 15 de Marzo de 1856, p. 1, c. 2.
- ¹⁰ Wheeler, "Diary, 1854-56", Domingo 16 de Marzo de 1856, ("Palm Sunday": Domingo de Ramos).
- ¹¹ *Boletín Oficial*, León, 6 de Diciembre de 1856, p. 1, c. 2.
- ¹² Wheeler, "Diary, 1854-56", 22 de Marzo de 1856.